

PARTE I. tar que había emprendido la guerra, más que por motivos de ambición, con verdadero celo por la exaltación de la fe. Fernando, acabadas estas ceremonias, y habiendo reforzado la guarnición con nuevas tropas al mando de Portocarrero, señor de Palma, y dejándola provista de víveres para tres meses, se preparó á hacer una incursión en la vega de Granada. Ésta se ejecutó según el espíritu y método de aquel modo inhumano de hacer la guerra, tan contrario al uso de los tiempos posteriores de mayor civilización, no solo destruyendo los frutos aun no sazonados, sino cortando los árboles, y arrancando las viñas. Así hecho, sin romper una lanza en la empresa, se volvieron triunfantes á Córdoba ¹⁹.

Vigoras medidas de la reina.

Entretanto Isabel estaba tomando activas medidas para la prosecución de la guerra. Envió órdenes á las diferentes ciudades de Castilla y Leon, hasta las fronteras de Vizcaya y Guipúzcoa, mandando que acudieran con el repartimiento ó subsidio de víveres y el contingente de tropas que debía dar cada distrito, juntamente con una cantidad proporcionada de municiones y artillería. Todo había de estar pronto delante de Loja, para 1.º de Julio, en cuyo día el rey en persona saldría á campaña á la cabeza de su caballería, para poner sitio á aquella fuerte posición. Y como se recibieran avisos de que los moros de Granada estaban haciendo esfuerzos para conseguir que los de África les ayudaran á sostener el imperio musulmán en España, la reina hizo armar una escuadra al mando de sus dos mejores almirantes, con instrucciones para que cruzasen en el Mediterráneo hasta el estrecho de Gibraltar, cortando de este modo toda comunicación con la costa de Berbería ²⁰.

¹⁹ Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. I, Quinc. 1, diál. 28.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 54, 55.—Lebrija, Rerum Gestarum Decades, lib. 1, cap. 6.—Conde, Dominación de los árabes, cap. 34.—Salazar de Mendoza, Crónica del Gran Cardenal, pp. 180, 181.—Mármol, Rebelión de moriscos, lib. 1, cap. 12.

Durante este segundo sitio, unos caballeros moros, en número de cuarenta, consiguieron escalar los muros de la ciudad por la noche, y casi habían lle-

gado ya á las puertas para abrirlas, cuando fueron descubiertos y después de una resistencia desesperada hechos prisioneros, por los cristianos que adquirieron con esto un rico botín, porque muchos eran personas de distinción.—Hay gran variedad en los autores, en cuanto á la fecha de la entrada de Fernando en Alhama. He seguido, como antes, á Bernaldez.

²⁰ Pulgar, Reyes Católicos, páginas 188, 189.

CAPÍTULO X.

GUERRA DE GRANADA.—MALOGRADA ESPEDICION CONTRA LOJA.—
DERROTA EN LA AJARQUIA.

1482—1483.

Malograda expedición contra Loja.—Revolución en Granada.—Expedición á la Ajarquia.—Disposición del ejército.—Preparativos de los moros.—Sangriento conflicto en medio de los montes.—Los españoles se abren paso.—Sale libre el marqués de Cádiz.



OJA está á pocas leguas de Alhama, en las orillas del Jenil, que desliza su clara corriente por un valle frondoso cubierto de viñedos y olivares; pero la ciudad se halla encerrada entre unas montañas tan escabrosas, que sus moradores le dieron, no sin propiedad, por divisa de sus armas *una flor entre espinas*. Los moros la tenían defendida por una buena fortaleza, al mismo tiempo que el Jenil, que la rodeaba como profundo foso por la parte del Mediodía, era excelente reparo contra cualquiera ejército que la atacara; por cuanto el río solo se podía vadear por un paraje, y pasar por un solo puente que se dominaba muy bien desde la ciudad. Además de estas ventajas, el rey de Granada, advertido por la desgracia de Alhama, había reforzado la guarnición con tres mil de sus mejores soldados, al mando de un guerrero entendido y veterano que se llamaba Alí-Atar ¹.

CAP. X.

Situación de Loja.

¹ Estrada, Población de España, t. fol. 317.—Cardonne, Histoire d'Afrique et d'Espagne, t. III, página 261.

PARTE I. Por otra parte, los esfuerzos de los reyes de España para reunir los medios necesarios, con que acometer la proyectada empresa contra Loja, no habian sido coronados de buen éxito. Las ciudades y distritos, á quienes se habian pedido subsidios, manifestaron la tardanza ordinaria de aquellos cuerpos perezosos, además que su interés se disminuía considerablemente por la distancia que los separaba del teatro de la acción. Cuando Fernando hizo el alarde de su ejército, á fines de Junio, encontró que no pasaba de cuatro mil caballos y de doce mil, ó según algunos, diez y ocho mil infantes; la mayor parte gente bisoña, que pertrechada con escasez de utensilios de campaña y de artillería no era fuerza suficiente para la magnitud de aquella empresa. Algunos de sus consejeros pretendieron persuadirle por estas consideraciones á que volviera las armas contra algún punto más débil y accesible que Loja. Pero Fernando, animado del deseo de distinguirse en la nueva guerra, se dejó arrastrar esta vez por su ardor, olvidando su prudencia. La desconfianza que tenían los gefes parece que se comunicó á las gentes inferiores, que hicieron los pronósticos más desfavorables, al observar el abatido rostro de los que llevaban el real estandarte á la catedral de Córdoba, para bendecirle en la iglesia antes de entrar en la expedición ².

Acampa al frente de Loja.

Fernando, habiendo cruzado el Jenil en Ecija, llegó á sus márgenes delante de Loja á 1.º de Julio. El ejército acampó en las montañas, cuyos profundos barrancos embarazaban la comunicación entre los diferentes cuerpos, al paso que los llanos de debajo estaban cortados por numerosos canales no menos contrarios á las maniobras de los hombres de armas. El duque de Villahermosa, hermano del rey y capitán general de la hermandad, oficial muy experimentado, intentó persuadir á Fernando, que echando puentes sobre el río en paraje á propósito, tratara de acercarse á la ciudad por la otra parte. Pero se opusieron á su dictamen los caudillos castellanos á quienes estaba confiada la colocación del campo, y que según Zurita no quisieron aconsejarse con los gefes andaluces, aunque éstos entendían mucho más que ellos la guerra de los moros ³.

² Bernaldez, Reyes Católicos, MS., re d'Afrique et d'Espagne, t. III, pp. cap. 58.—Mariana, Historia de España, lib. 25, cap. 2.—Cardonne, Histoi-

re d'Afrique et d'Espagne, t. III, pp. 259, 260. ³ L. Marineo, Cosas memorables,

Se mandó á un gran destacamento del ejército que ocupara una elevada eminencia, á cierta distancia, llamada la altura de Albohacen, y que la fortificasen con los pocos cañones que traían, con objeto de atacar la ciudad. Esta comisión se dió á los marqueses de Cádiz y de Villena, y al gran maestre de Calatrava, el último de los cuales habia traído á campaña sobre cuatrocientos caballos y un gran cuerpo de peones de las plazas pertenecientes á su orden en Andalucía. Antes que se pudiera concluir la fortificación, Alí-Atar, que conoció la importancia de aquel punto dominante, hizo una salida de la ciudad para desalojar á sus enemigos. Éstos salieron de sus obras para ir á su encuentro; pero el general musulmán, sin aguardar á recibir la embestida, mandó volver grupas á sus escuadrones, y rompió en retirada precipitadamente. Los españoles los persiguieron con ardor; pero cuando estuvieron á bastante distancia del reducto, una partida de ginetes moros, que habian cruzado el río por la noche sin ser vistos, y estaban en emboscada según astuta costumbre y táctica de los árabes, salieron del lugar donde se hallaban ocultos, y entrando de rebato en el campo abandonado, cogieron todo lo que en él habia, incluso las lombardas ó piezas pequeñas de artillería con que estaba guarnecido. Los castellanos, conociendo aunque tarde su error, desistieron de la persecución, y volvieron con toda la presteza posible á la defensa de su campo. Alí-Atar volvió también, y picó la retaguardia, de manera que cuando llegaron los cristianos á la cumbre de la montaña, se encontraron cercados entre las dos divisiones del ejército de los moros. Siguióse entonces un terrible combate, que duró cerca de una hora, hasta que habiendo avanzado refuerzos del cuerpo principal del ejército español, que se retardaron por la distancia y por los obstáculos del camino, se vieron obligados los moros á retirarse de prisa, pero con orden, á su ciudad. Los cristianos sufrieron gran pérdida, particularmente por la muerte de D. Rodrigo Téllez Giron, gran maestre de Calatrava, que fué herido de dos saetas, la última de las cuales le penetró por las junturas del arnés debajo del brazo derecho, en el acto de tenerle levantado, y le causó una herida mortal, de que espiró á las pocas horas, según dice un antiguo cronista, después de haberse confesado y cumplido con los últi-

fol. 173.—Pulgar, Reyes Católicos, p. 187.—Zurita, Anales, t. IV, fol. 316, 317.

PARTE I. mos deberes de un buen cristiano. Este caballero, aunque apenas tenía veinte y cuatro años, había dado pruebas de tan grande valor, que era tenido por uno de los mejores de Castilla, y su muerte produjo general sentimiento en el ejército ⁴.

Fernando se convenció por último de la desventaja de una posición en que ni podían comunicarse fácilmente las diferentes divisiones de su ejército, ni era posible interceptar los socorros que pasaban todos los días al enemigo. Además se vió rodeado de otras dificultades. Su gente estaba tan mal provista de los utensilios necesarios para aderezar los ranchos, que tenían que comerlos crudos ó á medio cocer. Y como la mayor parte de los soldados eran reclutas, no hechos á las privaciones de la guerra, y muchos estaban agobiados de cansancio, por una marcha larga y trabajosa que tuvieron que hacer para llegar al ejército, empezaron á murmurar públicamente, y aun á desertarse en gran número. En vista de esto resolvió Fernando retroceder á Riofrio, y esperar allí la llegada de nuevos refuerzos con que poder formar un bloqueo mas riguroso.

Retirada de los españoles.

En su consecuencia se enviaron órdenes á los caballeros que ocupaban la altura de Albohacen para que levantasen aquel campo y se juntaran al cuerpo principal del ejército. Así se ejecutó á la mañana del día siguiente, que era 4 de Julio, antes del alba. En cuanto los moros de Loja vieron que el enemigo abandonaba su fuerte posición, subieron con fuerza considerable á apoderarse de ella. La gente de Fernando, que no había sido advertida del movimiento determinado, cuando vió al ejército de los moros en la cresta de la montaña, y que sus compatriotas bajaban rápidamente, se imaginaron que éstos habían sido sorprendidos en sus trincheras por la noche, y que huían del enemigo. Se esparció al momento el sobresalto en todo el campo, y en lugar de permanecer firmes en su defensa, cada cual no pensó mas que en buscar su salvación por la huida. En vano procuró Fernando, recorriendo á caballo sus desordenadas filas, reanimar el espíritu de los soldados y restablecer el orden. No era menos difícil

⁴ Rades y Andrada, Las Tres Ordenes, fol. 80, 81.—Lucio Marineo, Cosas memorables, fol. 173.—Lebrija, *Reseruum Gestarum Decades*, 2.^a, lib. 1, cap. 7.—Conde, Dominación de los árabes, t. III, p. 214.—Carvajal, *Anales*, MS., año 1482.

contener á aquella turba llena de terror pánico, y no amaestrada por la disciplina ni por la experiencia, que calmar los vientos desencadenados. El ojo práctico de Alí-Atar se apercibió inmediatamente de la confusión que reinaba en el campo cristiano, y sin perder tiempo salió impetuosamente por las puertas de Loja á la cabeza de todas sus fuerzas, y convirtió en peligro verdadero el que antes no era sino imaginario ⁵.

En este peligroso momento solo la serenidad de Fernando pudo salvar al ejército de su total ruina. Poniéndose á la cabeza de su guardia, y acompañado de una brillante banda de caballeros, mas apreciadores del honor que de la vida, hizo tan denodada resistencia contra los moros, que Alí-Atar se vió obligado á detener su carrera. Siguióse un terrible combate entre aquella pequeña y generosa partida y el ejército entero de los musulmanes. Fernando estuvo espuesto repetidas veces á inminente peligro. En una ocasión debió su salud al marqués de Cádiz, que atacando á la cabeza de unas sesenta lanzas rompió las filas mas fuertes de la columna morisca, y obligándola á replegarse, consiguió rescatar á su soberano; el cual con dificultad salió con vida de este lance, habiendo caído muerto su caballo á tiempo en que había perdido la lanza, que quedó clavada en el cuerpo de un moro. Nunca derramó su sangre la caballería española con mas generosidad. El condestable, conde de Haro, recibió tres heridas en la frente. El duque de Medinaceli quedó desmontado, y le salvaron sus gentes con trabajo; y el conde de Tendilla, que estaba acampado en el punto mas próximo á la ciudad, recibió diversas heridas graves, y hubiera caído en manos del enemigo, si no fuera por el oportuno auxilio de su amigo el joven conde de Zúñiga.

Los moros, viendo que era tan difícil conmovier aquella pequeña muralla de guerreros, empezaron á aflojar, y finalmente dejaron que Fernando sacara el resto de sus fuerzas sin mas oposición. El rey continuó su retirada sin detenerse hasta el novelesco sitio de la Peña de los Enamorados, distante siete leguas de Loja, y renunciando por entonces á todo pensamiento de operaciones ofensivas, se volvió poco

⁵ Pulgar, Reyes Católicos, páginas 189, 191.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 58.—Conde, Dominación de los árabes, t. III, páginas 214, 217.—Cardonne, *Histoire d'Afrique et d'Espagne*, t. III, páginas 260, 261.

PARTE I. despues á Córdoba. Muley Abul-Hacen llegó al día siguiente con un poderoso refuerzo de Granada, y corrió el país hasta Riofrio. Si hubiese llegado no mas que algunas horas antes, pocos españoles hubieran quedado vivos para contar la derrota de Loja ⁶.

La pérdida de los cristianos debió de ser muy considerable, y dejaron tambien en poder del enemigo la mayor parte de los bagajes y artillería. Causó este suceso profundo sentimiento á la reina; pero fué una leccion saludable, aunque severa. Hacia ver la necesidad de reunir mas amplios preparativos para una guerra que habia de ser precisamente de puntos fortificados, y enseñaba á la nacion á mirar con el mayor respeto á un enemigo, que cualquiera que fuese su fuerza natural, habia de convertirse en formidable, armado del valor y energía que da la desesperacion.

Revolucion en Granada.

En estas circunstancias ocurrió una discordia entre los moros, que hizo mas en favor de los cristianos que cualquier triunfo que pudieran haber alcanzado. Procedió ésta del vicioso sistema de poligamia, que arroja las semillas de discordia entre aquellas personas á quienes la naturaleza y nuestras mejores instituciones estrechan mas íntimamente. El viejo rey de Granada se habia prendado hasta tal pun-

6 Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 58.—Conde, Dominacion de los árabes, t. III, pp. 214, 217.—Pulgar, Reyes Católicos, ubi supra.—Lebrija, Rerum Gestarum Decades, 2, lib. 1, cap. 7.—*La Peña de los Enamorados* recibió este nombre de un suceso trágico que se refiere en la historia de los moros. Un esclavo cristiano consiguió hacerse amar de la hija de su señor, que era un moro rico de Granada. Los dos amantes, despues de algun tiempo, temerosos de que se descubrieran sus relaciones, resolvieron escaparse á tierra de España; pero antes que pudiesen llevar á cabo su propósito, salió á perseguirlos con prontitud el padre de la jóven, á la cabeza de una partida de caballos moros, y habiéndolos alcanzado

cerca de un precipicio que hay entre Archidona y Antequera, los desgraciados fugitivos, que se habian subido á la cumbre de las rocas, viendo que era imposible huir, se abrazaron tiernamente, y se precipitaron desde la altura, prefiriendo esta espantosa muerte á caer en manos de sus vengativos perseguidores. Aquel lugar, por haber ocurrido en él este trágico acontecimiento recibió el nombre de *Peña de los Enamorados*. Mariana refiere el caso de un modo interesante (Historia de España, lib. 19, cap. 22), y concluye con la dura reflexion de que "tal constancia hubiera sido verdaderamente admirable si se hubiese empleado en defensa de la verdadera fe y no en apetitos ilegítimos."

to de una esclava griega, que la sultana Zoraya, temerosa de que los hijos de su rival pudieran ocupar el lugar de los suyos en la sucesion, procuró mover secretamente el espíritu de descontento contra el gobierno de su marido. El rey, que supo sus intrigas, la mandó encerrar en la fortaleza de la Alhambra. Pero la sultana, haciendo una cuerda de los chales y velos suyos y de sus criadas, logró escaparse por este peligroso medio, juntamente con sus hijos, desde las mas altas habitaciones de la torre en que estaba aposentada. Su bando la recibió con alegría, y luego se derramó la insurreccion entre la muchedumbre, que dejándose llevar de los impulsos naturales, fácilmente se levanta por caso ó hecho de opresion; y se aumentó aun mas su número por muchos de las clases altas, que tenian varios motivos de disgusto contra el opresor gobierno de Abul-Hacen ⁷.

Le permaneció fiel sin embargo la poderosa fortaleza de la Alhambra. Estalló pues una guerra en la capital que regó las calles con la sangre de sus ciudadanos. Por último, triunfó la sultana. Abul-Hacen fué arrojado de Granada, y se refugió en Málaga, que con Baza, Guadix y algunas otras plazas de importancia se conservó adicta á su causa; al paso que Granada y la mayor parte del reino proclamó á su hijo primogénito Abu-Abdallah ó Boabdil, como le llaman comunmente los escritores castellanos. Los reyes de España observaron con no poco interes estos sucesos de los moros, que estaban haciendo imprudentemente la causa de sus enemigos. Pero habiendo sido desechadas sus ofertas de auxiliarlos por ambas facciones, no obstante el mútuo odio que se profesaban, no pudieron hacer mas que esperar con tranquilidad la terminacion de una contienda, que cualquiera que fuese su resultado, no podia menos de abrir el camino para el triunfo de las armas españolas ⁸.

7 Conde, Dominacion de los árabes, t. III, pp. 214, 217.—Cardonne, Histoire d'Afrique et d'Espagne, tomo III, pp. 262, 263.—Mármol, Rebelion de moriscos, lib. 1, cap. 12.—Bernaldez asegura que causó grandes celos la influencia que el rey de Granada habia dejado tomar sobre sí á un sugeto de linaje cristiano llamado Benegas.—Pulgar alude á

la sangrienta degollacion de los Abencerajes, la cual, sin otra autoridad mejor, que yo sepa, es asunto de mas de un romance antiguo, y no ha perdido nada de su novelesco colorido pasando por la pluma de Ginés Perez de Hyta.

8 Cardonne, Histoire d'Afrique et d'Espagne, ubi supra.—Conde, Dominacion de los árabes, ubi supra.